Montbazon, si no estoy equivocado; subió una escalerilla excusada, cuya llave tenía en su poder, y lo primero que vió sobre una mesa, en medio de la habitación, fué la cabeza de su amada, cuya autopsia empezaban á hacer los médicos.

—Si estuviera segura (dijo Alieta) de que mi cabeza tendría la misma virtud, desearía la muerte.

Pronunció esta frase en voz baja, pero con un acento de tan ardiente sinceridad, que su marido, impresionado, sintió una especie de doloroso malestar. Sonrió, sin embargo, y acariciándola, contestó:

—¡Qué locura! Una cabeza tan hermosa como la tuya, no necesita estar muerta para hacer milagros.

III.

En estos mismos términos vivían seis años después de su matrimonio. Alieta continuaba maquinalmente ostentando, en un mundo que detestaba y que no la amaba, su tristeza altiva y su salud fatigada; Bernardo siempre poseído de una secreta cólera y una secreta piedad, y ambos igualmente desgraciados.

Todos los años, en la primavera, mientras llega la fecha fatídica del *gran premio*, el mundo parisiense se complace en adelantar un poco la vida libre del cam-

po, haciendo algunas excursiones al otro lado de las fortificaciones. Así, en Mayo de 1880, el grupo *selected*, de que formaban parte los vizcondes de Vaudricourt, tuvo un día el capricho de organizar una especie de gira ó *piquenique* á Saint-Germain en Laye. Una tarde, á las seis, dos ó tres enormes *mail-coaches*, con seis caballos cada uno, enjaezados á la calesera, entraban en el patio del pabellón Enrique IV, y de ellos se apeaba una brillante sociedad de treinta á treinta y cinco personas. Se comió alegremente, y después se dió una vuelta por el bosque, mientras se desocupaba el comedor para convertirlo en salón. Volvió la gente al hotel, y se empezó á bailar, con esa alegría familiar que el campo autoriza. En tanto, algunos viejos prácticos de la banda habían descubierto en el hotel la presencia de dos ó tres actrices conocidas de ellos, celebridades de los teatros cantantes del *boulevard;* una de ellas era

cantante de café-concierto, pero que ya gozaba de cierta reputación. Estimulada por estos expertos prácticos, la sociedad, llevada de la efervescencia del momento, y también de la singular curiosidad de las mujeres del mundo elegante por conocer á las mujeres de teatro, decretó por aclamación, menos uno ó dos votos, que aquellas artistas debían ser invitadas á la fiesta. Fueron á buscarlas los delegados nombrados al efecto, y no tardaron en hacer su entrada triunfal en compañía de las tres actrices, que fueron saludadas con una doble salva de aplausos. Los delegados hicieron saber al oído que las tres habían rehusado toda retribución, y esto pareció al principio un poco embarazoso y comprometido; pero ¿qué se había de hacer? La sociedad las rodeó, las cumplimentó, les hizo mil preguntas, y ellas, encantadas de la calidad y de la galantería de todos aquellos señores, no se hicieron de rogar para cantar al piano, acom-

pañándose ellas mismas, algunos *couplets* escogidos con bastante discreción. Era difícil agradecer su amabilidad despidiéndolas después. Los hombres, por lo demás, y aun las mujeres, no se violentaban absolutamente haciendo con las tres artistas más amplio conocimiento, y se las invitó á figurar en el cotillón que se había interrumpido á su llegada, y que continuó en su honor. Dieron al baile grande animación, que se tradujo en cierta desenvoltura coreográfica, amenizada con nuevos *couplets*. Después del baile, vino la cena, á la que naturalmente fueron invitadas galantemente. Excitadas por el movimiento, por el *champagne*, y provocadas, además, por algunos de los convidados, cantaron, esta vez ya sin rubor, la flor y nata de su repertorio público y secreto.... La cena se prolongaba así indefinidamente, en medio de las canciones picarescas, de las exclamaciones joviales y estrepitosas risas de los hombres, de los gritos de las mujeres escandalizadas, y del regocijo de la vecindad....

La señora de Vaudricourt, aprovechando el ruído y el desorden, había abandonado su sitio, murmurando algunas palabras sobre el excesivo calor, y se había aproximado á una ventana abierta. El día alboreaba; el inmenso valle del Sena extendía ante los ojos de Alieta sus profundidades, en que flotaban blanquecinas brumas.... Parecióle de pronto que le faltaba tierra en que pisar, que se hundía en aquellos grandes espacios vacíos, y que se sentía desaparecer entre las brumas. Exhaló un tenue grito, extendió los dos brazos como si fuera á lanzarse en el espacio, y cayó inerte sobre el pavimento.

El golpe de su caída hizo callar las canciones y las risas. El señor de Vaudricourt acudió presuroso. Ayudáronle á levantar del suelo á su mujer inanimada y á llevarla á una de las habitaciones del

hotel. Mientras que iban á toda prisa á buscar un médico, se empleaban en vano las sales, el éter y todos los demás remedios usuales para hacer volver á Alieta del síncope. El médico la encontró rígida é inerte, las mejillas hundidas y sin color. Se le dejó solo en la habitación con el señor de Vaudricourt. Mientras que detenidamente interrogaba el pulso de la enferma, dirigiendo al mismo tiempo al marido algunas breves preguntas, los párpados de Alieta se entreabrían penosamente, y parecía que volvía en sí; pero no fué más que un minuto, porque otra vez su mirada se extravió, su rostro, tan pálido, se coloreó súbitamente, y su frente se puso de color de púrpura.

—Esto cambia,—dijo el médico, grave y reflexivo.

Ordenó una aplicación continua de hielo sobre la cabeza, le hizo poner en las piernas un violento revulsivo, y es-

peró durante dos ó tres horas el efecto de estos remedios. Alieta, aunque ya había salido del síncope, perdió de nuevo el conocimiento; se agitaba febrilmente, murmuraba palabras confusas, y llevaba frecuentemente, con penosa impaciencia, la mano á la frente. Á mitad del día, viéndola más tranquila, el médico se retiró, prometiendo volver por la tarde.

—Caballero (dijo á Vaudricourt): ignoro si hay en esta señora alguna causa de orden moral....; pero me atreveré á dar á V. un consejo: procure V. que su esposa llore.

El Vizconde pasó todo el día á la cabecera del lecho de su mujer, casi siempre en pie, renovando él mismo el hielo. En vano le prodigaba las más dulces y cariñosas frases; ella no le entendía. Solamente al anochecer la mirada de Alieta se fijó en la de su marido con inteligencia, y al mismo tiempo el pecho de la

pobre víctima pareció desgarrarse, y comenzó á llorar convulsivamente.

El médico la encontró, cuando volvió, en esta crisis. No hizo más que hablar dos palabras con el Vizconde, y se retiró. Como había previsto, la crisis fué calmándose poco á poco, y terminó por el sopor de la enferma. Vaudricourt, consolado al fin en su angustia suprema, y más tranquilo, rendido de fatiga, se durmió también sentado, y reclinando la cabeza sobre el lecho de su mujer.

Despertóle la voz de Alieta, que le llamaba dulcemente:

—¡Bernardo!

—¡Mi querida Alieta!—contestó, levantándose é inclinándose sobre el lecho.

Le enlazó con sus dos bracitos, y atrayéndole, con la violencia de que ella era capaz, sobre su seno, agitado por los sollozos, exclamó:

—¡Bernardo mío, ten piedad de mí! ¡Te lo suplico!

—¡Qué!.... ¿Qué es lo que quieres, niña mía?

—No puedo más; no puedo más, te lo aseguro.... No te salvo...., y me pierdo.... Y luego, mi hija, mi pobre hijita....

Sofocada por las lágrimas, cesó de hablar durante algunos minutos, y luego continuó con vaguedad:

—Yo quiero partir, quiero llevármela.

—¿Quieres abandonarme, Alieta?—le preguntó el Vizconde.

Y ella, enlazándole de nuevo con sus brazos, exclamó:

—¡Jamás! No podría. Déjame sólo que envíe mi hija á casa de mi madre, que me la guardará.... Allí, de seguro, no se perderá.

—Alieta, eso no puede ser; yo no quiero separarte de tu hija. Aunque, á mi juicio, exageras los peligros de la vida de París, tanto para ti como para tu hija, si quieres salir de París con ella, consiento....

Alieta murmuró, moviendo con pena la cabecita rubia, algunas palabras, que se perdieron, confundiéndose con los sollozos.

—Yo iré con vosotras,—dijo Vaudricourt conmovido.

—¿Tú? (exclamó la esposa, interrogándole ansiosamente con la mirada.) ¡Oh! ¿Cómo puedo pedirte ese sacrificio?

—Estoy pronto. Es un sacrificio que te debo. Han pasado esta noche, en tu presencia, cosas que justamente te han ofendido, escenas á que yo no debiera haberte expuesto. Yo no podía prever semejantes locuras, y te pido perdón humildemente.... Hubiera debido sacarte de ese salón; pero hubiera sido como dar una lección á los demás, y era muy delicada esta situación.... En fin, he hecho mal, y te debo una reparación.... Además, cuando nos casamos, me prometí y prometí á tus parientes y á ti misma, hacer todo, excepto lo imposible, para

que fueras dichosa. Cumpliré mi promesa.... Quizá París te hubiera parecido más habitable para ti si yo hubiese elegido mejor tus relaciones.... Ya es muy tarde; con razón ó sin ella, París te es odioso, y saldremos de París. He pensado mucho durante este triste día, y he tomado mi resolución.... Temo, mi querida Alieta, que las dificultades que crea entre nosotros la diferencia de nuestras ideas nos sigan á todas partes; pero confieso que París podría aumentarlas.... Lo único que te pido es que no fijemos nuestra residencia en Varaville.... Aparte de otros inconvenientes, estaríamos muy lejos, y tú misma querrías acaso de cuando en cuando venir á respirar el aire de este desgraciado París, cuando no estuvieras obligada á.... En fin, mañana hablaremos de todo esto con más reposo y más espacio.... Tienes mi promesa. Duerme tranquila.

Alieta le miraba profundamente, fijos

sus ojos en los de su marido, con una expresión de delicioso estupor; luego cogió una de sus manos y se la besó.

—Te amo mucho, esposo, —le dijo.

—Duerme, duerme, —repitió dulcemente Bernardo, abrazándola.

Y se durmió la digna esposa, como un niño inocente.

IV.

El sacrificio tan penoso como meritorio que se había impuesto el señor de Vaudricourt, comprometiéndose á trasladar su residencia fuera de París, había sido apenas un acto de su libre voluntad. Habíasele dictado su corazón, no solamente ante los sufrimientos de su mujer, sino ante la impresión profunda que en su conciencia habían hecho las faltas por él cometidas. Estas faltas revistieron de pronto á sus propios ojos un carácter casi vergonzoso, que había movido todos sus